

LA OPINIÓN DE LOS EXPERTOS

La medición de la competitividad urbana

José Antonio Herce
Director Asociado,
Analistas Financieros Internacionales

Desde los albores de la civilización, los grandes procesos económicos y sociales han llevado aparejada de manera natural una necesidad urbana. De hecho, el progreso de la sociedad y su declive, ha estado marcado también, respectivamente, por el progreso de la urbe y su declive. Las ciudades han ido modulando de manera continuada la estructura, dimensión y morfología de sus tejidos urbanos, adaptándose a las exigencias marcadas por el momento histórico, cuando no impulsándolo. Estos cambios, que se han producido de manera más recurrente y a mayor velocidad desde que diera comienzo la era de la revolución industrial, han dado respuesta a una conjunción de dinámicas como el crecimiento económico, los cambios demográficos, los movimientos migratorios o los conflictos bélicos.

No obstante, en la actualidad, la reciente irrupción de la sociedad de la información y las comunicaciones, así como la extraordinaria generalización de los movimientos internacionales de personas, han motivado más que nunca a los responsables y líderes políticos a preocuparse por el posicionamiento de las ciudades a las que representan, pues las ganancias de visibilidad global pueden significar para muchas ciudades las claves de su futuro. En este sentido, los cambios urbanos incorporan cada vez más criterios que no solo atañen a la habitabilidad del territorio, sino también a estrategias de diferenciación y especialización urbana, en un entorno internacional cada vez más competitivo entre ciudades de larga tradición y ciudades emergentes. Por decirlo de otro modo, las nuevas coordenadas históricas exigen redoblar los esfuerzos en la gestión promocional de las ciudades identificando las potencialidades de mejora y la comprensión de sus puntos débiles, dado el enorme riesgo de retroalimentación negativa que suponen las nuevas tendencias de ordenación económica internacional para los entornos urbanos estancados o en declive.

Es, en todo caso, una reacción lógica si se tiene en cuenta que, a modo de ejemplo, en el ámbito del turismo - motor en muchos casos de las ciudades principales del viejo continente - proveer de experiencias singulares a los visitantes es una de las claves del éxito y la prosperidad de una ciudad, dada la mayor capacidad de elección entre ciudades de destino de que se dispone actualmente y la relativa volatilidad de la reputación urbana impulsada por las redes sociales. Dinamismo reputacional que, por otra parte, constituye una gran palanca de progreso si se sabe administrar.

Para este cometido, como en muchos otros órdenes de la política económica, un instrumento básico para la toma de decisiones es la elaboración de un conjunto de análisis minuciosos que permitan discernir fórmulas para optimizar los recursos existentes y, en definitiva, alcanzar mediante su aplicación un lugar destacado en el ámbito internacional. Es necesario ofrecer información veraz y contrastable, transparente y con el menor sesgo propagandístico posible tanto sobre las áreas potenciales de diferenciación de las ciudades y buenas prácticas urbanas como sobre las áreas en las que es preciso mejorar. Resulta clave a estos efectos realizar comparativas internacionales que ayuden a observar la situación relativa de la propia ciudad con respecto a ciudades de éxito, con el fin de aprender lecciones en diversos ámbitos para mejorar la situación actual en las dimensiones en las que la ciudad se encuentre más retrasada. Por ejemplo, en el caso de Madrid, mientras que su dinamismo económico se encuentra avalado por las clasificaciones, también presenta ciertos márgenes de mejora en lo que concierne a la extensión de la Sociedad del conocimiento o a la Calidad de vida. Aun así, Madrid alcanza la 4ª posición en el ranking de ciudades europeas de 2013, registrando una mejoría en todas las dimensiones analizadas (Economía y mercado laboral, Transporte y comunicaciones, Sociedad del Conocimiento y Calidad de vida) excepto “Sociedad del conocimiento”, donde se mantiene respecto al año anterior.

Los indicadores deben reunir la característica de que incluyan el menor componente posible de percepción. Esto se debe a que, por ejemplo, un ciudadano de París puede evaluar de forma muy distinta una característica urbana dada que uno de Londres, incluso aunque dicho elemento fuera muy similar en ambas ciudades, porque el componente idiosincrático o cultural puede influir de manera determinante y diferencial en las percepciones de los individuos. Asimismo, los indicadores utilizados deben contener información lo más actualizada posible, especialmente al analizar realidades tan cambiantes como las ciudades.

Un claro ejemplo de éxito contemporáneo de posicionamiento lo constituye la ciudad de Londres, valorada como líder en diversos rankings de ciudades elaborados por distintas instituciones. El éxito de Londres radica en que es una metrópoli que se ha especializado en servicios de alto valor añadido (servicios financieros e industria tecnológica) y ha sabido mantener su atractivo como ciudad de referencia en lo cultural. Asimismo, el aprovechamiento de las economías de aglomeración y la acumulación de capital humano le diferencian de otros casos como, en el extremo, el de la ciudad de Detroit, que ha pasado de ser una referencia norteamericana en los años 50' a declararse oficialmente en bancarrota a comienzos del s. XXI habiendo perdido una buena porción de su población. La pérdida de competitividad del tejido industrial, muy polarizado en la industria del automóvil, unido a la mala gestión de los recursos estatales y a la baja productividad, ha llevado a la ciudad a un progresivo declive.

Pero, independientemente de la métrica utilizada para medirla, los fenómenos de competitividad urbana existen. Su realidad la

experimentan los residentes y los visitantes. La conocen mejor que nadie sus dirigentes, aunque a veces prefieran no admitir realidades poco placenteras. La exhiben las primeras ciudades sin necesidad de agitar los indicadores pertinentes, pero sin dejar de trabajar para mantenerse en lo más alto. La sancionan, finalmente, los hechos expresados a través del dinamismo social, demográfico y cultural que las anima. En general, las ciudades competitivas lo son porque son inteligentes, y son inteligentes porque son competitivas. Lo contrario, también suele ser así.